

## Textos de autores gallegos en torno a Arcadio Romero Boelle

María José PARDO-GIL MAGADÁN  
I.E.S. Sanxillao (Lugo)

RESUMEN: Arcadio Romero Boelle nació en Lugo en 1908. Participó desde joven en actividades culturales de la llamada *Xeración da República*. Francisco Lamas, compañero de *Yunque, periódico de vanguardia política*, alaba en una exposición colectiva *Crecida del Miño*, la única fotografía con la que concurre Romero. Pero la Guerra Civil acaba con todas las expectativas culturales de la República. Esos autores se reencontrarán en 1943 cuando Arcadio Romero muestre en la Diputación Provincial de Lugo su colección de pintura *Estampas Gallegas*. Ánxel Fole, Luis Pimentel y Glicerio Albarrán Puente hacen la crítica en *El Progreso*. En 1946, Romero vuelve a exponer en el Casino de Vigo y en la Diputación Provincial de Lugo. En esta ocasión, a los anteriores críticos se unen Aquilino Iglesia Alvariño y Julio Sigüenza, antiguo compañero de Romero en *Yunque*. Romero falleció a causa de un accidente de automóvil en 1956. Con esta triste ocasión se reiteran los elogios de sus amigos de siempre. Para Celestino Fernández de la Vega, la obra de Romero Boelle será siempre “testimonio perenne de una vida sencilla al servicio de una ineludible vocación”.

PALABRAS CLAVE: Generación de la República, Romero Boelle, Pimentel, Fole, Carballo Calero, Julio Sigüenza, Aquilino Iglesia Alvariño, Glicerio Albarrán, Francisco Lamas.

ABSTRACT: The artist Arcadio Romero Boelle was born in Lugo in 1908. Throughout his life he participated in a number of state cultural activities, one of which was called *Xeración da República*. Francisco Lamas, a friend and colleague from *Yunque, periódico de vanguardia política*, reported on a photographic collective exhibition in 1935, in which he praised Romero's only photo there: *Crecida del Miño*. However, the Civil War put an end to the cultural expectations of the Republic. They did not meet again until 1943, when Romero displayed his pictures: *Estampas Gallegas*, at the Diputación Provincial. Ánxel Fole, Luis Pimentel and Glicerio Albarrán Puente reported on the event in *El Progreso*. In 1946, Romero had further exhibitions in the Casino de Vigo and the Diputación Provincial of Lugo. These exhibitions were reported on by Aquilino Iglesia Alvariño and Julio Sigüenza, Romero's old colleague from *Yunque*. Romero died following a car crash in 1956. Nevertheless, the memory of his life lived on through his friends, who continued speaking in praise of his work. Celestino Fernández de la Vega says: “Romero's work will become enduring testament of a simple life, dedicated to a passionate vocation”.

KEY WORDS: Republic Generation, Romero Boelle, Pimentel, Fole, Carballo Calero, Julio Sigüenza, Aquilino Iglesia Alvariño, Glicerio Albarrán, Francisco Lamas.

Cuando se habla de los pintores lucenses de los años centrales del siglo XX suelen citarse unos cuantos nombres, casi siempre los mismos (Castro Gil, Julia Minguillón, Tino Grandío, acaso Suárez Couto o González Prieto, y desde hace unos tiempos los más informados incluyen también a Maruja Mallo), pero se silencian otros, igualmente valiosos, tal

vez por considerarlos “menores” o quizá porque su obra sufrió el arbitrario desdén de un olvido prematuro. Tal es el caso de Arcadio Romero Boelle, nacido en la ciudad de Lugo en el año 1908 y fallecido prematuramente, en 1956, en accidente de automóvil. Era hijo de un empleado de Banca e inspector de alcoholes para Hacienda y de una maestra, y su biografía podría compendiar las inquietudes culturales y políticas que caracterizaron a los integrantes lucenses de la llamada *Xeración da República*, de la que el poeta Luis Pimentel fue, no solamente por razones cronológicas, hermano mayor. Son esas afinidades y preocupaciones comunes lo que llevó a Romero Boelle a frecuentar, desde muy joven, las tertulias en las que se reunían los más innovadores o los menos convencionales de los escritores, artistas e intelectuales que se esforzaban por asomar la cabeza entre la grisácea rutina de aquel Lugo que no pasaba de ser, casi como ahora, una muy modesta capital de provincia. La presencia de Romero Boelle empezó a ser habitual en la tertulia del Hielo-Bar, un café de la calle de San Marcos, ya desaparecido, cuyos veladores acogieron a García Lorca cuando visitó la ciudad en 1932, invitado por el Comité de Cooperación Intelectual para pronunciar una conferencia sobre la pintora santanderina María Blanchard. Francisco Lamas, amigo y contertulio de Romero Boelle, resumirá la eclosión de iniciativas culturales que alumbrará el nuevo régimen político: *Primer Salón de Otoño, Polifónica, Comité de Cooperación Intelectual, C[entro]. I[iniciativas]. T[urismo]., cine de minorías...* Las palabras de Lamas —compañero de Romero en las páginas del republicano *Yunque. Periódico de vanguardia política*, dirigido por Ánxel Fole entre mayo de 1931 y octubre de 1932— corresponden al artículo con que el autor glosó, desde las páginas del diario *El Progreso*, la muestra fotográfica colectiva que tuvo lugar en Lugo en octubre de 1935. En ella participa Romero, pero no a título de pintor, sino de fotógrafo, con una obra, *Crecida del Miño*, que Lamas elogia como “de factura moderna, expresiva y formidablemente lograda”.

La Guerra Civil pondrá fin a las entusiastas propuestas de renovación cultural y dispersará, en obligados silencios, atemorizados exilios o alistamientos bélicos, al grupo de sus ilusionados impulsores. Casi todos ellos volverán a encontrarse, no obstante, cuando en el arranque de los años cuarenta Romero Boelle se decida a exponer públicamente su obra pictórica y dibujística, hasta entonces apenas conocida más que por sus próximos o por sus compañeros de tiempos idos. En efecto, cuando en octubre de 1943 Romero presente sus veintinueve *Estampas gallegas* en la sala de la Diputación Provincial de Lugo, allí estarán para arroparlo, convocados en nombre de la amistad, los amigos que compartieron con él esperanzas y proyectos ahora aplazados o suspendidos a la fuerza. Neumandro / Fole da el aldabonazo anunciador desde las páginas de *El Progreso*, tras una visita a casa del artista en vísperas de la inauguración oficial de la muestra. La amistad entre pintor y escritor venía de atrás. Se había fraguado en los años de *Yunque* y se acrecentó cuando Romero casó con Marianela Quiroga, con cuya familia Fole siempre mantuvo relación entrañable, asentada en antiguos vínculos de parentesco. Ambos proyectaban un libro en común que no llegó a ver la luz, pero se puede deducir por la correspondencia entre los artículos de uno y los cuadros del otro. A Fole pertenece también uno de los dos textos que figuran en el catálogo de la exposición. El otro corresponde al poeta Luis Pimentel, quien hace también en el periódico lucense un penetrante comentario, lleno de sensibilidad y finura, de las estampas exhibidas. Otro texto sobre la exposición es publicado en las páginas de *El Pueblo Gallego*,

de Vigo, escuetamente firmado con una *L*. No nos atrevemos a atribuir con absoluta certeza la autoría el mismo a L[uis] Pimentel.

La exposición de Romero Boelle de 1943 suscita también el comentario escrito de Glicerio Albarrán Puente, por entonces profesor de Filosofía en el Instituto Masculino de Lugo, antiguo militante de Izquierda Republicana a quien la guerra civil ha castigado sin contemplaciones, poniendo término, entre otras cosas, a sus aspiraciones académicas y universitarias. No es abundante la obra impresa de Albarrán, por lo que su artículo en *El Progreso* del 31 de octubre de 1943 cobra particular interés.

Tres años más tarde, en 1946, Romero presentará una nueva colección de *Estampas Gallegas*. Primero, en el casino de Vigo y luego, otra vez en la Diputación de Lugo. Para la ciudad olívica, vuelve a ser Luis Pimentel el encargado de escribir el catálogo, acompañado esta vez por Luis Antonio de Málaga, a quien suponemos, con nombre real o ficticio, firma local acreditada en la crítica artística. *El Pueblo Gallego*, el antiguo diario vigués de Portela Valladares incautado ahora para la cadena de prensa del Movimiento, se hará eco de la exposición gracias a un artículo de Aquilino Iglesia Alvariño, quien por entonces ejerce la docencia en un colegio de Vilagarcía de Arousa.

La muestra viguesa, descargada de obra vendida, vuelve a Lugo en octubre de 1946. Ahora quien la glosa en el catálogo es Julio Sigüenza, otro de los viejos camaradas de *Yunque*. Sigüenza, escritor gallego de larga y fructífera trayectoria (parte de la cual se localiza en Uruguay), ejerce por aquellos años la crítica cinematográfica y pictórica en el periódico *Faro de Vigo*. Excusado es decir que no falta el apoyo de Fole desde *El Progreso*, con un artículo en el que el futuro autor de *Á lus do candil* (cuya primera edición, en 1953, se abrirá precisamente con un retrato hecho por Romero Boelle al autor) establecerá como singular mérito del pintor el “haber interpretado fielmente, con pulso firme y mirada antiguas coplas de gratisimas remembranzas”.

Arcadio Romero Boelle muere en octubre de 1956, víctima de un accidente de automóvil. La sorpresa y el dolor no enmudecen a sus amigos de siempre, que le dedican el emocionado homenaje de sus palabras escritas. Fole incorpora al “cordial compañero de siempre” a su *Cartafolio de Lugo*; Pimentel le dedica un poema recientemente recuperado por Brais Rodríguez Quiroga, nieto y estudioso de la obra del pintor; Fernando Cadaval (Ricardo Carballo Calero) firma en *Vida Gallega* la sobresaliente inclusión de Romero en la “historia artística de Lugo”. En el Colegio Fingoy, que dirigía este escritor, figuraban varios murales de Romero Boelle. Celestino Fernández de la Vega, a quien ya entonces se empieza a reconocer como uno de los máximos valores de la intelectualidad gallega, anuncia, con emocionada brevedad, lo que el tiempo se encargará de confirmar: la obra de Romero Boelle será para siempre “testimonio perenne de una vida sencilla al servicio de una ineludible vocación”.



Imagen 1: Portada del folleto de la *Exposición de Estampas Gallegas*

## TEXTOS

### *El arco y la flecha / Primer Salón de Otoño*

Todos los intentos que procuren agitar un poco este charco de ranas, no serán nunca suficientemente alabados. En un sentido o en otro son siempre fructíferos.

El Primer Salón de Otoño, exposición fotográfica recientemente clausurada, ha tenido la virtud de poner en juego la actividad de los centros oficiales del pueblo y ha permitido, además, reunir en un salón unas cuantas buenas fotografías, algunas excelentes, para solaz de aficionados a las puras inquietudes espirituales. Y así, todos hemos ganado.

Es de alabar la iniciativa de ese grupo de jóvenes —V. F. Pimentel, Romero Boelle, Constantino Rodríguez, etc. y al Círculo de las Artes que lo patrocinó— que ha conseguido llevar a buen puerto su loable idea. A mí no puede ocurrírseme decir en estas notas como comentario final a la exposición, que Velázquez o el Greco han estado entre nosotros, o que Lugo es la cuna del nuevo arte, sobre ser esto una tontada, nos llevaría a querer practicar un localismo de vía estrecha que nos perjudicaría en lugar de enaltecernos. No distorsionemos las cosas. En Lugo hay mucho que hacer y en tal sentido, por “hacer algo” ya es digna de encomio la idea de los Salones de Otoño.

En este primer Salón, se ha visto que los aficionados locales pueden hacer cosas. Algunas plenamente logradas; dígalos sino el magnífico lote de fotos presentadas por José Vázquez Pimentel, lo más saliente, a mi entender, como conjunto, y con alguna fotografía bellísima como la *Elvira*, indiscutiblemente el mejor retrato presentado. Gasalla, conocido ya de antiguo como buen aficionado, tenía sus *Cebollas en flor* que con justicia mereció la medalla de oro.

Anotemos de pasada la honestidad con que el jurado ha cumplido con su deber. Los premios han sido discernidos adecuadamente.

Como fotografía de paisaje, la de Ramos, *Penasinceira*; una de Roldán, *Picos de Ancares*, y la de Romero, *Crecida del Miño*, de factura moderna, expresiva y formidablemente lograda.

De Roldán —también aficionado conocido— ha pasado inadvertida una foto de un rincón de Lugo, de un sabor clásico y cautivante por su sobriedad. De él es también una fina fotografía *Perro saltando*, que denota su sentido fotográfico.

En general la exposición no fue mala. Alguna cosa que otra menos buena que las demás, pero sin enturbiar el conjunto. Y es de advertir que lo más flojo estaba entre lo presentado por los más expertos, los novicios han sabido batirlos en su mismo terreno. De ellos son las fotos más atrevidas. No había nada en la exposición que se apartase de los moldes clásicos de la composición fotográfica y dentro del tono en que se desenvolvía, lo para mí más lleno de valor queda señalado.

El camino está abierto, perseverancia es la palabra que a lo largo de él ha de servir de lema. De día en día se mejora y los pueblos, las cosas y los hombres somos quienes mejoramos. Tal es la esperanza que aquí debemos también alimentar.

Primer Salón de Otoño, Polifónica, Comité de Cooperación Intelectual, C. I. T., cine de minorías, todo contribuye a lo mismo: a crear un ambiente necesario en nuestro pueblo para que tengan vida las desinteresadas cosas del espíritu; un poco menos de política chabacana, agria e ignorante, algo menos de dominó, de cerrar a blancas y de “ahorcar” el seis doble, un poco de agua limpia para el cuerpo y algo para el espíritu, después... ya veremos.

Enhorabuena otra vez a los organizadores: adelante y un poco más.

Francisco Lamas  
(*El Progreso*, Lugo, 29 de octubre de 1935)

(Sin título)

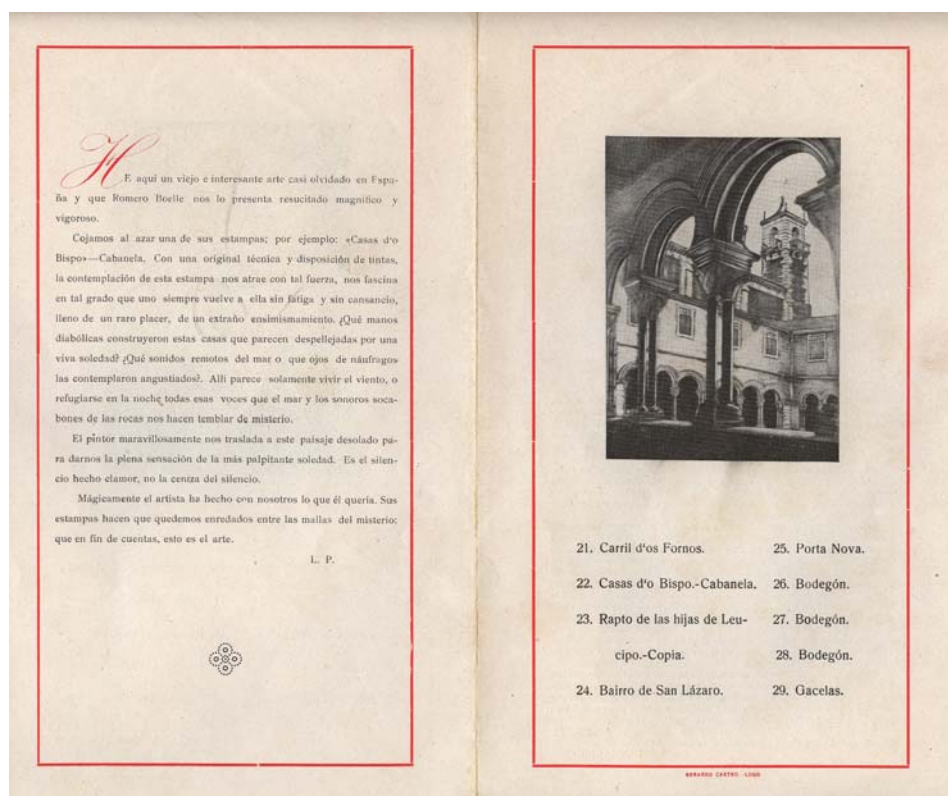


Imagen 2: Texto de Luis Pimentel en el folleto *Exposición de Estampas Gallegas*

He aquí un viejo e interesante arte olvidado en España y que Romero Boelle nos lo presenta resucitado, magnífico y vigoroso. Cojamos al azar una de sus estampas: por ejemplo: “Casas do bispo - Cabanela”. Con una original técnica y disposición de tintas, la composición de esta estampa nos atrae con tal fuerza, nos fascina en tal grado que uno vuelve siempre a ella sin fatiga y sin cansancio, lleno de un raro placer, de un extraño ensimismamiento. ¿Qué manos diabólicas construyeron estas casas que parecen despellegadas por una viva soledad? Allí parece solamente vivir el viento, o refugiarse en la noche todas esas voces que el mar y los sonoros socavones nos hacen temblar de misterio.

El pintor maravillosamente nos traslada a este paisaje desolado para darnos la plena sensación de la más palpitante soledad. Es el silencio hecho clamor, no la ceniza del silencio.

Mágicamente el artista ha hecho con nosotros lo que él quería. Sus estampas hacen que quedemos enredados entre las mallas el misterio: que en fin de cuentas, esto es el arte.

L[uis]. P[imentel].

(En el catálogo de la *Exposición de Estampas Gallegas* de Romero Boelle. Palacio de la Diputación Provincial, Lugo, octubre de 1943).

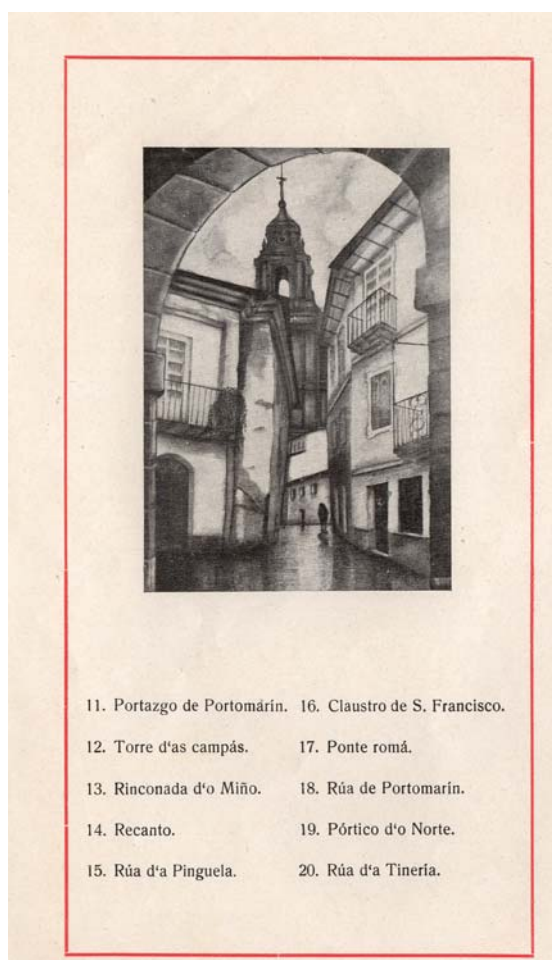


Imagen 3: Lámina del folleto de *Exposición de Estampas Gallegas*

### *Una deuda y un homenaje*

Porque al feliz acierto de Valentín Roldán, con aquella exposición suya de fotografías del viejo Lugo, se debe —yo debo al menos— uno de los más exquisitos ratos de melancolía. Por un mila-

gro, volvieron otra vez a mis ojos, a mi frente, a mi alma, recuerdos que por un sutil polvo de horas y años estaban enterrados. Me hicieron recordar o soñar, aquellos días de niño que me parecían más brillantes o luminosos, más largos; y aquellas noches largas y sonoras. Sobre la antigua plaza nuestra. ¡Llorada plaza! Sala de visita que los pueblos tienen donde vive toda su historia provinciana.

Mirtos, cipreses, magnolios de románticos jardines, bajo la nieve. Un cielo de perla, un gran silencio gozado otra vez. Allí parece que ha quedado algo de nuestra alma, entre el olor a nieve y a flor de magnolio. Y estoy en deuda con este amigo, a quien le debo uno de los más exquisitos ratos de melancolía.

-0-

Pocos rincones pintorescos le quedan a nuestro pueblo de Lugo.

Arcadio Romero Boelle en esta exposición de sus estampas, recoge de ellos, lo que aún queda medroso y ya en fuga traga.

Ahora, ante la obra de este artista, nuestra alma, no se pone en trance de melancolía, no es la nostalgia, ni el recuerdo nuestro goce: No se trata de la muerte; sino de la agonía. De los más angustiosos momentos, pintados con las más trágicas tintas. Y esas calles y esas casas, tienen los pies lívidos, los ojos vidriosos y sus débiles hombros se apoyan temblando en las muletas de sus columnas. Este pulido marfil de las casas, dentro de una atmósfera doliente, de un cielo pesado, que contempla la piedra que se hace alma y que se diluye en la urna del aire. Y encuentro que en estas estampas —sea por lo que sea— está logrado el efecto de lo trágico, de lo misterioso, de una manera más viva, más real, más palpitante; que en el aguafuerte.

Tampoco nos fatiga la contemplación de estas estampas, aunque se repitan los motivos. Esa torre que surge en muchas de ellas, no pesa... el paisaje, y cumple puramente su misión espiritual de elevarse como una oración, o de atormentarse entre un aire dormido, como un lirio doliente. Entre todas las estampas de un claro ambiente trágico, existe una que creo no se ha estimado en su verdadero valor. Ella puede servir de contraste, o mejor de sedante, después del desasosiego a que ha sido sometida nuestra atención. Quiero referirme a un paisaje del Miño, donde un claro barquito quieto y solitario está preso en el misterio de un remanso, los reflejos de esta pequeña embarcación sobre el agua, son un juego gracioso de esmaltes. La estampa en cuestión, tiene un marcado aire amanerado, frívolo... digámoslo de una vez; pero entendámoslo como es debido: posee una deliciosa cursilería. Como ese encanto, que cierta música tiene, y que la pedantería o incompreensión de ciertos hombres serios desprecia.

Nosotros deseamos ardientemente que el amigo Boelle siga sin desmayos por este camino de feliz hallazgo, que a poco que se piense, se vislumbran infinitas posibilidades. El sabe mejor que nosotros que manejando esas tintas, esas calidades, tonos y matices, puede llegarse a una gran finura de expresión.

L. P.  
(*El Progreso*, 27 de octubre de 1943).

*Artistas gallegos / Romero Boelle*

Hay ahora en Galicia un silencio fecundo, un total recogerse del espíritu que es promesa de un mañana claro y luminoso en el que han de florecer en estallante alegría todas estas soterradas semillas que se encierran hoy en las mejores almas de nuestra tierra.

De vez en vez, sin embargo, como anticipo primaveral al que urge salir a la luz y a la vida, aparecen artistas o poetas que en voz baja y en horizontes limitados dan muestra de su obra y del inquietante sentir de que están llenos. Se publica un libro, hay una exposición o se sabe de los versos del poeta, así ahora en Lugo, Romero Boelle acaba de exponer algunas de sus Estampas Gallegas.

Ya cuando Romero Boelle se esforzaba por expresar en el linolium su arte recién nacido, eran siempre las cosas de Galicia su tema favorito; y en aquellos balbuceos latía la misma preocupación por nuestro pasado, por las viejas piedras, las casas polvorientas, o las mujerucas testimonio aún vivo de lo que fue. Ahora, en su exposición, Romero Boelle es el artista seguro de sí que domina una técnica, que sabe conseguir los efectos que pretende, que dibuja sobria y virilmente y que, en posesión de su camino, se lanza por los de Galicia y busca aquellas cosas a punto de perecer para revitalizarlas con el poder de su arte, sacándolas de una muerte segura a una vida plena de encanto y de calladas emociones.

Frente a sus estampas, el pasado y el presente se funden en nuestro espíritu en un hoy de recuerdos y evocaciones tan completo, que no sabemos ya si las sombras se levantan y en ellas vivimos de verdad o es tan solo un decidido empeño del artista en llevarnos a lo eterno, a lo imperecedero de la tierra y de la sangre, remontando el río de la vida. El conjuro del arte nos ha traído de nuevo el pasado tan pasado (*Porta Miñá, Rúa do Miño*); ha comenzado a despertar en nuestro pecho tumultuosamente ecos muy dormidos de otros tiempos, nos sitúa tan de lleno en las silentes callejas en donde se esconde nuestra infancia, viejas plazas que fueron, a la luz mojada de nuestros atardeceres, testigo de nuestras inquietudes infantiles, que nos sentimos sacudidos en nuestro más escondido yo, y nos encontramos de pronto, vivas y aleteando estremecidas en el espíritu, las emociones de otras horas muy hundidas ya bajo el peso de los muchos hechos que fueron, y nos sorprendemos de que haya algo tan vivo y tan viejo dentro de nosotros. Todo está siempre lejano en el tiempo y en el corazón, olvida el hombre muy pronto; por eso el gran encanto de las Estampas de Arcadio Romero reside en su lección de perennidad; en ese mudo ejemplo que son las piedras en las que palpita inquebrantable la decisión de permanencia (*Rinconada do Miño, Pórtico do Norte*). En nuestras viejas ciudades en las que la vida pasa y pasa y parece no detenerse, hay sin embargo escondido un caudal tan rico de energía que en él hemos de bañar nuestra alma los hombres de hoy si pretendemos hacer cara al futuro con decidido empeño de dominarlo. Tenemos que hacer fecundo el pasado y es el Arte quien mejor nos lo trae a la meditación; nos dice de lo que fue en el lenguaje de hoy, pero directamente, sin intermediarios yendo al fondo de nuestro sentimiento. Así en estas Estampas de Romero Boelle (*Rúa da Tinería, Carril dos Loureiros*) nos sentimos de nuevo, como en otra época, deambulando en la noche hasta que el alba secaba ya sus hombros entre los montes, o nos encontramos en el *Portazgo de Portomarin* en los fervorosos días de la Edad Media en los que el Camino de Santiago era el eje de la cristiandad. Y saltando así del ayer cercano al ayer lejano comprendemos otro valor del arte de Romero Boelle: nos enseña el camino de nosotros mismos; se valoriza una vez más la clara sentencia: el mejor camino para encontrarte a ti mismo da la vuelta al mundo.

Y he aquí algo de lo que la Exposición de Estampas Gallegas que ha celebrado en Lugo Arcadio Romero sugiere un espectador. Quizá al marcharnos, ya en la puerta, dijéramos al artista: Bien, Arcadio, por tus Estampas hemos vuelto a vivir lo ya vivido.

L

¿Luis Pimentel?

(*El Pueblo Gallego*, Vigo, 7 de noviembre de 1943).

(Sin título)

Absorto ante el más bello acontecimiento, sujeta mi alma a la contemplación de estas estampas, que de Galicia aprisionan todo el misterio; y atraído por él ardientemente; voy a hablaros tan solo como poeta:

Estas transparencias de oros tiernos, como de viejos licores, destilados en la alquimia embrujada de nuestros paisajes y servidos en el vaso del aire; así he soñado yo de niño mi tierra y ahora la veo como hombre en estas estampas.

Sus “Chopos” se estremecen por un aire dulce que duerme en el misterio del río. Ella parece que va a llegar con sus pies desnudos sobre el musgo húmedo...

(La elegancia de estos árboles y las finas calidades de las tintas tan poéticamente manejadas por el artista.)

“Pavoeiro”. Allí se refugia el viento que apagó las candelas de la Sana Compañía, y que llega de los tenebrosos remansos, de aquellos viejos molinos que de noche muelen el silencio.

No existe en ninguna de estas estampas figura humana alguna; pero en todas ellas tiembla pura el alma de las cosas, y nada más cerca de la poesía, que este arte de Romero Boelle.

“Iglesia de Dompniñor”. Campanas e la tarde ¿a quién llaman? ¿a quién espera esa Virgen que vive dentro de duro raso y cabellera muerta? Yo la veo brillantes las mejillas, pulidas por las horas candorosas del silencio.

“Pazo senlleiro”. ¿Quién va a salir por aquellas ventanas quietas de espanto?

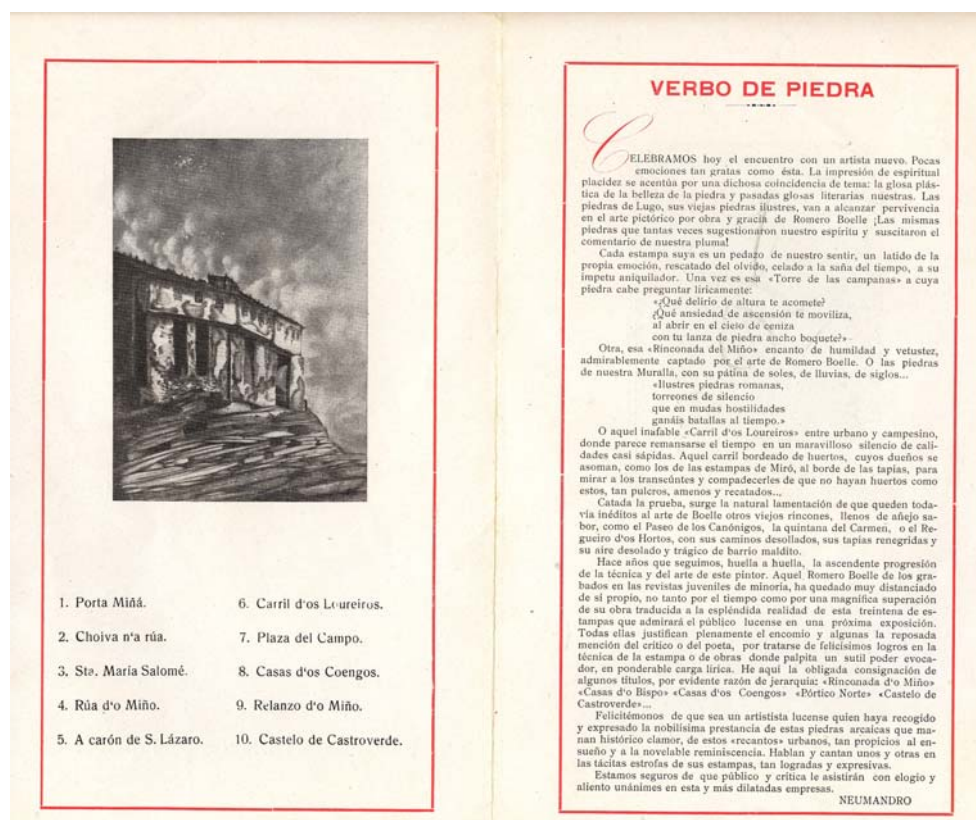
En su interior presentimos el verdadero drama de las sombras. ¿Qué miradas se vierten y qué voces cuelgan de los aleros, como nidos de pájaros no vistos?...

¡Estampas de Romero Boelle, pintadas sobre ese marfil de nuestras tardes en agonía, con transparencias misteriosas! Maravillas para decorar aquellos primeros y primorosos libros gallegos que nos dejó el mejor de nuestros escritores, D. Ramón del Valle Inclán.

L. PIMENTEL

(En el catálogo de la *Exposición de Estampas Gallegas* de Romero Boelle. Casino de Vigo. Abril-Mayo de 1946).

## Verbo de piedra

Imagen 4: Texto *Verbo de piedra* de Ánxel Fole

Celebramos hoy el encuentro con un artista nuevo. Pocas emociones tan gratas como ésta. La impresión de espiritual placidez se acentúa por una dichosa coincidencia de tema: la glosa plástica de la belleza de la piedra y pasadas glosas literarias nuestras. Las piedras de Lugo, sus viejas piedras ilustres, van a alcanzar pervivencia en el arte pictórico por obra y gracia de Romero Boelle. ¡Las mismas piedras que tantas veces sugestionaron nuestro espíritu y suscitaron el comentario de nuestra pluma!

Cada estampa suya es un pedazo de nuestro sentir, un latido de la propia emoción, rescatado del olvido, celado a la saña del tiempo, a su ímpetu aniquilador. Una vez es esa “Torre de las campanas” a cuya piedra cabe preguntar líricamente:

*¿Qué delirio de altura te acomete?  
¿Qué ansiedad de ascensión te moviliza,  
al abrir en el cielo de ceniza  
con tu lanza de piedra ancho boquete?*

Otra, esa *Rinconada del Miño* encanto de humildad y vetustez, admirablemente captado por el arte de Romero Boelle. O las piedras de nuestra Muralla, con su pátina de soles, de lluvias, de siglos...

*Ilustres piedras romanas,  
torreones de silencio  
que en mudas hostilidades  
ganáis batallas al tiempo.*

O aquel inefable *Carril dos Loureiros* entre urbano y campesino, donde parece remansarse el tiempo en un maravilloso silencio de calidades casi sápidas. Aquel carril bordeado de huertos, cuyos dueños se asoman, como los de las estampas de Miró, al borde de las tapias, para mirar a los transeúntes y compadecerles de que no haya huertos como estos, tan pulcros, amenos y recatados...

Catada la prueba, surge la natural lamentación de que queden todavía incones, inéditos al arte de Boelle otros viejos rincones, llenos de añejo sabor, como el Paseo de los Canónigos, la quintana del Carmen, o el Regueiro dos Hortos, con sus caminos desollados, sus tapias renegridas y su aire desolado y trágico de barrio maldito.

Hace años que seguimos, huella a huella, la ascendente progresión de la técnica y del arte de este pintor. Aquel Romero Boelle de los grabados en las revistas juveniles de minoría, ha quedado muy distanciado de sí propio, no tanto por el tiempo como por una magnífica superación de su obra traducida a la espléndida realidad de esta treintena de estampas que admirará el público lucense en una próxima exposición. Todas ellas justifican plenamente el encomio y algunas la reposada mención del crítico o del poeta, por tratarse de felicísimos logros en la técnica de la estampa o de obras donde palpita un sutil poder evocador, en ponderable carga lírica. He aquí la obligada consignación de algunos títulos, por evidente razón de jerarquía: *Rinconada do Miño, Casas do Bispo, Casas dos Coengos, Pórtico Norte, Castelo de Castroverde...*

Felicitémonos de que sea un artista lucense quien haya recogido y expresado la nobilísima prestancia de estas piedras arcaicas que manan histórico clamor, de estos *recantos* urbanos tan propicios al ensueño y a la novelable reminiscencia. Hablan y cantan unos y otras en las tácitas estrofas de sus estampas, tan logradas y expresivas.

Estamos seguros de que el público y la crítica le asistirán con elogio y aliento unánimes en esta y más dilatadas empresas.

Neumandro [Ánxel Fole]

(En el catálogo de la *Exposición de Estampas Gallegas* de Romero Boelle. Palacio de la Diputación Provincial, Lugo, octubre de 1943).

#### *Visita a Romero Boelle*

Hoy a tantos de octubre, visitamos a Romero Boelle, en la exposición de sus estampas. La mañana es gris, revuelta y lluviosa, con un cielo maravilloso que parece pintado al carbón. Entre chubasco y chubasco, un sol sonriente y alacre dora las piedras barrocas de nuestro Consistorio y redime fugazmente el cemento humedecido de su industrial fealdad. Otra vez el tránsito pausado y fluido de las grandes nubes grises nos recela la sonrisa del sol y mancha el espléndido azul pulimentado. Damos la vuelta por el Lugo viejo de la calle del Miño y de la plaza del Campo, contemplando sus casas y rinconadas, pintorescas hasta la saturación, en cuanto nos lo permite el ritmo presto de la marcha bajo la lluvia pertinaz. Matices y colores se empastan en la luz filtrada y quebradiza; relucen las fachadas y tejados; se remansa la sombra en los zaguanes angostos...

Dentro de breves momentos, veremos esta sinfonía urbana en gris, interpretada por el arte de Romero Boelle.

-0-

Y henos aquí, lector, en la casa del artista, entre sus estampas. Una a una van surgiendo ante nuestro mirar que la avidez contemplativa torna fijo y demorado. Pronto va ganando nuestro ánimo una lógica reacción de sorpresa y placidez. De sorpresa, porque la superación de la propia obra ha excedido aventurados pronósticos; de placidez, porque descansa el espíritu en la contemplación de estas estampas, surgidas al dictado de una vigorosa inspiración, de un arte sano y realista.

Subrayemos nuestra predilección por algunas, sin otras pretensiones que nuestra propia apreciación subjetiva y sin abordar ningún problema crítico... Tal vez intentemos esto en más holgada coyuntura, sin perturbadores apremios de espacio y tiempo. He aquí las que más nos han impresionado: *Rinconada do Miño*, *Casas do Bispo*, *Recanto*, *A carón de San Lázaro*. Esta última especialmente...

El cuadro más valioso es, para nosotros, aquel que sirve de trampolín a la glosa lírica o de instrumento para disparar la carga emotiva que todos llevamos capsulada en el alma... Este cuadro, con su casa solitaria, al amparo de la fronda de su árbol gigantesco, nos hace pensar en esos mesones y ventas abandonados de los viejos caminos reales, en viejas leyendas de romeros y trasgos, en el viento que sale a plañir al camino, como un mendigo, vestido de harapos de bruma...

Se ve que el artista maneja más diestramente, quizá por deleitable preferencia, los colores llamados fríos, en gama de grises y azules, que los cálidos de los rojos. Los objetos de algunas de sus estampas aparecen bañados en esa luz clemente de nuestra tierra que parece expulsar las cosas del área de su estricta realidad e instalarlas en el ámbito mágico del misterio.

-0-

Quizás sea la pintura el arte más intelectual de todos. Ante él, la sensibilidad plástica tiene que fortificarse con analítico rigor. Para comprender cabalmente un cuadro, para percatarse justamente de su valor estético, no basta cierto sentido elemental del color y del dibujo: es necesario además, la precisa valoración de masas, tonos y calidades, componiendo un sabio juego estético. Así, en la más nueva pintura con Miró y Picasso, se ha llegado a obras que son como teoremas de dibujo y color; cuadros de donde se ha extirpado —intencionadamente, previamente— todo ingrediente extrapictórico. Por eso constituyen los bodegones, género aséptico sin posible referencia literaria, sin tara anecdótica, la óptica muestra de la pintura práctica.

Romero Boelle exhibe dos sustancialmente valiosos. En el de la jarra, con ejemplar sobriedad de medios y por un magnífico y sabio enredo de luces y sombras, se alcanzan las suntuosas calidades del cobre. El de la escudilla, quizás más conseguido, adquiere nobilísima exactitud, por sus peculiares cualidades y su forma vigorosamente conclusa.

Neumandro

(*El Progreso*, Lugo, 23 de octubre, 1943).

*Romero Boelle, pintor gallego*

Recuerdo que, hace años, un ilustre pintor gallego, compañero de viaje, me decía, cuando estábamos llegando a Vigo procedentes de Santiago: “Tan vigorosa y alegre ciudad parece que no sólo la gozamos con ojos, oídos y olfato, sino con el pulmón. En pocas partes se puede apprehender tan hondamente la confortante alegría del mar y para los que venimos de tierra adentro”...

Y escuchando esto, yo miraba el mar en una cala, amorosamente abrazado por la tierra. Era un mar inocente y dulce, infantil y virginal, que parecía dormirse arrullado por su propia canción. Después me llegaba su poderoso aliento, su ancha pulsación, el júbilo de sus olas y de sus espumas. El magnífico espectáculo tantas veces admirado, nos henchía los ojos y se derramaba por el alma, como si renovase totalmente vuestra capacidad contemplativa.

¡Qué contraste entre la reposada vida de Lugo, mi vieja ciudad natal, y esta de Vigo, dinámica y trepidante! En Lugo aun quedan viejos rincones, llenos de la resonancia del pasado, donde se percibe un hábito sutil de antiguas coplas de gratisimas remembranzas, al escuchar la monótona cantiga de alguna fuente labrada. En cambio, en Vigo, hasta los viejos barrios decimonónicos parecen rezumar la vida febril del puerto.

Sin embargo, afinando la percepción, se descubre una fuerte afinidad espiritual entre estas dos ciudades, casi extremas en el suelo regional, pero unidas por el mismo vínculo de galaica esencia... La misma clemencia de luz, igual gama de tonos y colores en sus campos *amantiños*. Y esta afinidad trasciende del paisaje al alma de sus habitantes: con idéntica melancolía late dulcemente el cantar de la montaña que el cantar de la ribera... En vez de los nombres de estas ciudades podríamos consignar, con parejo valor comparativo, los de Vivero y Tuy... Cualquier espectador sensible podrá saturarse de esta luminosa verdad al contemplar la obra de tal o cual artista gallego de elevado rango.

Y he aquí que Lugo, solar de pintores —Corredoira, Castro Gil, Julia Minguillón, por riguroso orden cronológico— renueva brillantemente en la persona de Romero Boelle su tradición artística.

Cuentan y cantan sus pinceles, al margen de todo banal pintoresquismo en Lugo añejo, el Lugo romántico, silencio de siglos y vedral soledad de lluvias y soles que florece en los pardos sillares... ¡Viejos barrios evocadores de la Calzada, del Regueiro dos Hortos, de San Lázaro, de la Chanca, con sus hondos y frescos caminos orillados de renegridos tapiales, con sus pontigos y sus aguas estantías entre huertos de agrietadas bardas, con su prestigio antiguo y su traza hechiza de campo y ciudad, donde propician recuerdos y ensueños auténticos romanticismos de hiedras y ruinas!... Esto en unas estampas; que en otras, la realidad es sorprendida en sus óptimos momentos y rebosan luces mágicas de sol claudicante, de irreal encanto.

Cuando este pintor hace alguna breve escapada por las campiñas luguesas, retorna siempre con un rico botín estético. Sean lúcido testimonio de esta aseveración aquellos cipreses de la Ermita, con su aire monacal, sacudidos de ímpetu místico y aquel maravilloso ciprés de Diciona, versión plástica del silencio como un hito plantado en la linde del sueño.

El máximo mérito de Arcadio Romero radica en haber interpretado fielmente, con pulso firme y mirada serena, lo que podríamos llamar alma de una vieja ciudad, eso tan formidable y tan sutil que perdura y aun se corrobora con el tránsito de los años, como la líquida gracia del poema en el ánfora de la estrofa.

Ángel Fole

(En *El Progreso*, Lugo, 26 de octubre de 1946).

#### *Cartafolio de Lugo / Baja en el arte*

Estos días se ha cumplido un mes del fallecimiento del artista lucense Arcadio Romero Boelle. Sagrado es el duelo de la amistad, y la onda amarga del dolor deja sus huellas en estas cuartillas. Rindamos público testimonio de sentimiento por la pérdida del viejo e inolvidable amigo.

La esencial amistad según la luminosa definición morentiana, es una colaboración para la vida, que va más allá del puro provecho. Consejo, aliento y consuelo del verdadero amigo, aun en el más aciago trance nos reconcilian con la vida.

Nos unía al llorado artista un largo trato sin sombra ni recelo, de cabal desinterés y lealtad. Nuestra colaboración venía de muy lejos y de muy hondo: de los primeros años de nuestra mocedad, de ciertos ideales comunes, de muchos sentimientos afines. Él había ilustrado algunos trabajos nuestros y nosotros habíamos glosado su obra, a lo largo de muchos años de recíproca comprensión. Nos unía la misma querencia de lo local lugués, tantas veces tan grata y otras tantas —¡ay!— tan desesperantemente negativa. La había llevado a sus dibujos, grabados y óleos con entusiasmo y acierto. La Plaza del Campo, el arrabal de San Lázaro, el claustro de San Francisco, el barrio Falcón... El encanto de las viejas perspectivas urbanas, profundamente sentido y finamente expresado. Su exposición de estampas en la Diputación Provincial, en 1942, había alcanzado un resonante éxito, refrendado en la de Vigo, unos años después... Sus justas y brillantes interpretaciones de lo rural son hoy bello ornamento de muchas casas de nuestra ciudad. Citemos algunas de sus magníficas estampas de este tipo: la del pintoresco caserío de Diciona, con su centenario ciprés; la de la capilla del pazo de Dompniñor; la de la humildísima iglesia de Viduedo, con el bravo paisaje de la serranía al fondo. Su considerable obra merece un admirado y frecuente recuerdo.

En un antaño que empieza a parecernos remoto, los dos asistíamos a diario a cierta nocturna tertulia literaria que se reunía en el desaparecido Hielo-Bar, de la calle de San Marcos. También frecuentaba aquella peña otro gran amigo muerto: el escritor santiagués Luis Manteiga, un muchacho bonísimo, todo sensibilidad y todo desesperanza por lo áspero y cruento de su vida. Por allí desfilaron ilustres forasteros, artistas, escritores o poetas... El guitarrista Sainz de la Maza, el arpista bilbaíno Nicanor Zabaleta, Carlos Maside, Manuel Colmeiro, Domingo García Sabell, Federico García Lorca, Gómez de la Serna... La ruta se va jalonando de ausencias. ¡Melancólicas sombras proyectadas en la luminosa perspectiva de un ayer luminoso y sereno!

Por aquel entonces ideábamos un libro sobre el viejo Lugo típico, amenazado de desaparición. Ya estaba escrito su "Pregón", desgarrado y un tanto valleinclanesco, con estos versos, que a Arcadio le gustaban mucho:

*¡Qué fruición —éramos chicos—  
cuando venía por la acera  
Pepe Montero con su chistera!  
¡Los abanicos  
de tumba y rumba del viejo Mera!  
-0-  
Cursis palabras, están deliciosas,  
con ese aroma desfalleciente  
que entre las cartas dejan las rosas  
—“angelical”, “pensil”, “hechizo”...—  
vanse alejando lentamente  
en la tartana del Carrizo.*

—Esto es muy bueno— nos decía, corroborando el benévolo dictamen el relámpago de marfil de su ancha risa amical.

Era el primer estímulo a nuestra obra incipiente, y es obligada la consignación.

Y tomaba nuestra conversación un rumbo gozoso y añorante por lo más entrañable lugués: lo viejo de estática prestancia; lo pintoresco recóndito, lo decimonónico, aún tan cargado de atractivo.

Las cosas, las costumbres; los tipos populares, tan estafalarios que parecían surgidos de la pluma de un novelista. Los frescos rincones de la Chanca, con la ejecutoria de ruralidad de un hórreo o de un almiar; la quietud de humo dormido de Regueiro dos Hortos; la recia silueta de la torre vieja de la Catedral y el largo clamor de sus campanas envuelta en la gloria de los oros crepusculares, oteada desde San Cibrao. La torva traza del loco Montero; los monólogos dialogados de Cascarilla con una esposa imaginaria; la faz mongoloide de Trifón, tan semejante a la del dictador Lenin.

Nos unía la misma fruición del Lugo viejo. Hasta en ciertas concesiones periódicas a la gula, definitoria calidad —como la melomanía— del *homiño de Lugo*. Eran frecuente tema de nuestras charlas los conejos de Nasa; los “popos” o bacalao en cazuela, de la casa del tío Pepe; las truchas de la Casa de la Concha. Los *roxós*, el *raxo*, la *zorza*, el lacón con grelos. Lugo, metrópoli del buen comer; Lugo, alegre y famosa por sus trescientas tabernas. Y nos hacía reír la frase de cierto amigo nuestro, pándigo, comellón y enófilo: *Pra escorrental-a fame, a sede e mail-o frío, en ningures como en Lugo*.

Pero jamás rozó la bohemia. Su vida era limpia, ordenada y eficaz. En ella contaban muy positivamente un gratisimo y distinguido ambiente familiar, un amplio círculo de selectas amistades y una indeclinable vocación artística. Todos admirábamos su entereza, su ejemplar intransigencia con lo injusto. Los que le tratábamos íntimamente desde la infancia, estábamos en el secreto de ciertas brusquedades suyas: era la natural reacción de un sencillo corazón de niño. De su presencia física nos quedarán en la memoria muy acusadamente estas dos notas: aquel su irónico “te diré”... consabido inicio de sus frases humorísticas, y su blanca y franca sonrisa de indefectible amigo.

Así expresamos nuestra honda emoción por la definitiva ausencia de un lucense representativo, ilustre artista y cordial compañero de siempre.

Neumandro

(*El Progreso*, Lugo, 9 de diciembre de 1956).

#### *La exposición de Romero Boelle*

En el Palacio de la Diputación provincial, continúa la exposición de Romero Boelle con éxito. Esta es la primera exposición del artista en público certamen y en ella se ha revelado con sazónada personalidad de temperamento plenamente logrado. Su labor anterior callada, recogida, ha superado las esperanzas de los que de ella tenían conocimiento. Se explica, pues, que la primera impresión del público hay sido la sorpresa, sorpresa muy grata por cierto.

A las pocas horas de abierta la exposición, era un éxito rotundo. El joven artista recogía con íntima complacencia el fruto de sus afanes. La buena recolección es prueba patente de que la siembra se hizo con buen tempero, que la mies se cuidó con amor. Y así el triunfo de hoy es augurio de nuevos lauros; el éxito de ahora marca el camino de perfección y de superación a seguir; seleccionar la semilla, cuidar con amor fervoroso el fruto y... y... lo demás se dará por añadidura.

Veintinueve obras exhibe Romero Boelle. A parte del *Rapto de las hijas de Leucipo*, magnífica copia —dicho sea entre paréntesis— que revela plena comprensión de la difícil técnica de Rubens, podemos diferenciar en tres grupos la labor presentada: los bodegones, el cuadro *Gacelas* y las estampas gallegas.

En las columnas de *El Progreso*, Neumandro, Trapero Pardo, y L. P. han escrito con sagacidad y competencia de la significación estética de Romero Boelle y de su técnica; por ello no haremos hincapié en estos aspectos. Basta y sobra en cuanto a los bodegones, insistir en el efecto conseguido prescindiendo del color como dato, consiguiendo la finalidad tan solo de claro y oscuro.

*Gacelas*. Expresión inefable de la línea. Filigrana de pensamiento, composición y ejecución.

Destaquemos en las estampas el acierto en el tema, la difícil interpretación de lo inmediato, de lo cotidiano, lograda con plenitud. Se aprecia el predominio de los tonos grises, y de los matices del color verde, fundamentales en la realidad y en la interpretación de las piedras, el suelo y el cielo en Galicia. Se destaca la delectación del artista por los colores fríos, a la vez que muestra su capacidad en el manejo de los colores caliente; he ahí, por ejemplo, *Rúa da Tinería*, por ceñir la referencia a un solo dato.

Romero Boelle ha sentido el sortilegio del embrujo de su *tierra meiga*, que capta las almas y satura el sentimiento, al compás y ritmo que la suave y persistente lluvia empapa la tierra y la hace fecunda.

Ha vibrado la sensibilidad de Romero Boelle ante aspectos y lugares descuidados, preteridos o desvalorizados estéticamente y los ha fijado en las estampas antes que la inclemencia del tiempo o la incuria de los hombres, borre su rastro. Cantan las estampas la poesía o la grandeza de las piedras, el cielo, el paisaje y la luz. Y en la unidad del poema, cada estampa es una estrofa con sentido y armonía propios en la unidad temática del conjunto.

Glicerio Albarrán Puente  
(*El Progreso*, Lugo, 31 de octubre de 1943).

*Notas de arte / Romero Boelle, poeta del fin del mundo*

Tienen que perdonarme que tenga que decir que entiendo poco de pintura, de sus tecnicismos, problemas, resortes, y que, a pesar de ello, me ponga a escribir de los dibujos de Romero Boelle que estos días se admiran en Vigo.

Sé que lo primero es esencial que los entrometimientos de la literatura en estos menesteres es, a la larga, muy perjudicial para la verdadera pintura, pero nadie me negará que íntimamente ligados con lo meramente pictórico hay muchos otros valores, no sólo no desdeñables sino que en ciertos momentos llegan a sobreponerse a los sustantivos de la pintura. En el Greco, Leonardo, etc., creo que pasa mucho de esto.

Pero, bueno. Hablemos de Romero Boelle.

Aparece en Vigo este chico lucense con una veintena de dibujos hermosos y llenos de encanto para los ojos y la fantasía, hechos conforme a una técnica original, de la que no puedo hablarles por los motivos que dije.

Estos dibujos nos hablan de viejas casas sin nadie, de viejas calles sin nadie, de campos solitarios sin alma viva. Y aquí empieza el embrujo de estos dibujos de Romero Boelle.

Un día vendrá el fin del mundo. No hablamos del apocalíptico, soberbio de grandes incendios de hermosas llamas, sino de otro poético que con cuenta con sagrados profetas. Un día vendrá el fin del mundo, digo. Un fin del mundo del que nadie se dará cuenta. Las cosas se irán quedando solas, los caminos serán hondísimos y pavorosos de silencio. Los árboles abrirán brazos enormes de desesperación, llenos de una angustia sin fin por los últimos ahorcados Y las casas no podrán guardar el silencio del último día. El viento irá abriendo sus puertas y ventanas, por las que nadie mira y de sus tejas caerá un hilo de llanto irrestañable de fino musgo, primero y luego de hielo durísimo.

Esta es la impresionante, la trágica interpretación del mundo que nos presenta Romero. Yo siempre aspiré a la representación de las cosas en su máxima pureza. Me gusta representarme la ma-

ravilla del mundo recién nacido, acunado por un mar de recuerdos sin naufragios y un aire novísimo, estrenado de fantásticos pájaros imposibles. Romero nos da la otra versión, la del fin del mundo. Una inmensa saudade dolorosa se apodera de las cosas. Todo ha vuelto al silencio, a un silencio inquietante de remordimiento callado. Algo irremediable cayó sobre el mundo. Es en vano esperar nada. Todo está consumado. Sólo las fuerzas primitivas, las nubes, el viento, las aguas ahogan este silencio en su seno incomprensible.

Viendo estas cosas irremediamente viejas, irremediamente solas, una dulce angustia nos aprieta la garganta. Pero bien vale la pena de esta angustia la promesa dulcísima que surge no se sabe de dónde, de un regreso al paraíso, un paraíso de silencio sin fin y larguísimo viento.

Aquilino Iglesia Alvariño  
(*El Pueblo Gallego*, Vigo [abril-mayo de 1946]).

#### *Exposición de estampas y óleos de Romero Boelle*

Estampas gallegas húmedas de orballo nativo y matinal. Arte fino, sutil que se escapa por el paisaje y se pierde en el cielo o en las aguas remansadas de los arroyos. Paisaje solo, desnudo, pleno y total paisaje. Árboles, caminos, el provincialismo de la ciudad quieta. He ahí la ruta romera de este artista con transparencias y ensoñaciones donde tiembla siempre el alma de las cosas que aprisiona la técnica sabida, bien sabida.

Las campanas de sus torres se oyen tocar. Suenan y vibran sus claras voces de gloria; sus árboles tienen rumores desconocidos, inéditos, y se siente y se ve crecer el follaje.

Por los paisajes de Romero Boelle se preciso ir descalzo para no lastimar la hierba; la dulce hierba gallega, atormentada y verde. Se siente en la presencia de estas estampas una augusta paz que anega el espíritu contemplativo en la tranquila serenidad que de ellas brota o se desprende como de un manantial inagotable y cristalino o como el pétalo de una flor que se ha quedado dormida.

Y se vive, ante ellas, la nostalgia honda de lo que pasó, de lo que puede pasar todavía; del aleteo de un cantar extraviado, o de la impronta del carro campesino y trabajador sobre el camino húmedo donde tiembla la gota de orballo retardado a la que el sol, con sueño todavía, arranca fulgores o destellos de plata líquida, derretida.

Y todo es aquí tan gallego, tan nuestro y de todos, como una plegaria universal y única.

Julio Sigüenza  
(Catálogo de la exposición de estampas y óleos de Romero Boelle. Diputación Provincial, Lugo, octubre de 1946).

#### *Arcadio Romero Boelle*

Verdaderamente resulta difícil escribir unas líneas necrológicas. La muerte posee una conocida virtud estupefaciente que nos deja sin habla. Una convivencia reciente e íntima con el muerto anada totalmente nuestra facultad de expresión. Por eso a duras penas podemos articular unas apresuradas palabras en memoria de Arcadio Romero.

Romero Boelle era para los amigos, un hombre de apariencia brusca y de fondo buenísimo. De estos hombres que ocultan su intimidad cordial con una actitud externa de adustez y a los que solo un trato prolongado e íntimo descubre en su verdadero ser. Ese era Arcadio Romero en su dimensión privada. En su dimensión pública Romero Boelle era un artista. Su vocación era estética. Bien dotado

para el dibujo, con gusto innato para la decoración, su obra artística es considerable y sincera. Celebró diversas exposiciones en Lugo, y algunas en Galicia de estampas, dibujos y óleos. Ahora, en el momento de su trágica muerte, esas obras llevarán a la intimidad de muchos hogares de amigos y desconocidos el recuerdo y el testimonio perenne de una vida sencilla al servicio de una ineludible vocación.

Para nosotros Arcadio Romero será siempre un amigo inolvidable.

Celestino F. De la Vega  
(*El Progreso*, Lugo, 30 de octubre de 1956).

*Ayer, hoy y mañana / Un artista local*

Ya hace años que un intelectual, famoso entre los de nuestro tiempo, hablando de los progresos de la técnica en materia de locomoción automóvil, dejó anotado el hecho de que en las grandes ciudades, a consecuencia de la abundancia de coches, el que tiene prisa debe trasladarse a pie al lugar a que se dirige. Tenemos animales en estado de esclavitud, y estos a veces se rebelan contra nosotros. Ello fue conocido desde el neolítico. Pero la rebelión de las máquinas es más bestial que la de las bestias. Ya no sabemos si la máquina se hizo para el hombre o el hombre fue hecho para la máquina. Por lo de pronto, las máquinas exigen un tributo de sangre por su utilización. Víctima de este signo de nuestra época, ha fallecido el artista lugues Arcadio Romero Boelle, en un accidente de tráfico. En el alto Lugo, este espolón de la Terra Cha, suele haber puros y soleados días en el mes de diciembre. Ya no verán los lucenses a Arcadio Romero, como tantas veces tomar el sol por el Cantón, paseando con sus amigos, ante la hermosa Casa Consistorial, al filo de las dos de la tarde.

Mucha gente indiferente y vana, o angustiada y urgida por personales cuitas, demasiado lanzada a su propio placer, demasiado replegada sobre su propio dolor, olvidará pronto, o no sabrá nunca que Lugo ha perdido a uno de sus más señalados intérpretes. Arcadio Romero Boelle era, exactamente, un artista local. Lo esencial de su obra fueron sus estampas luguesas. La ciudad y sus alrededores hallaron en esas estampas una afortunada transfiguración. El dibujo de Arcadio Romero, que abombaba los muros, desvencijaba las puertas, retorcía las torres y doblaba las espadañas, era marco semiabierto que el artista llenaba con la fluida onda de sus tintes malva, rosa, ocre, cardenillo, perla. Aquel Lugo era nuestro Lugo y era solo el Lugo de Arcadio Romero. Romero amó a Lugo y supo verlo, real e imaginario al mismo tiempo, como las cosas han de verse, como los artistas han de ver. Dio a Lugo su versión de Lugo. Un Lugo cuyas iglesias, cuyas plazas, cuyas calles —todo lo que en Lugo es mineral, es piedra— cobraban bajo los trazos, bajo los colores de Romero, una vida animal y humana. Su Lugo es un Lugo en que lo geológico ha ganado carácter orgánico, vivo; en que los edificios, los soportales o los cruceros se han metamorfoseado a medias en una fauna singular. Aquella ermita es panzuda y cornuda como una vaca. Las columnas de aquel claustro tienen estremecimientos ondulatorios de serpientes. Como en las poesías de Amado Carballo se anima el paisaje campesino, en las estampas de Arcadio Romero, que evita la figura animada, se anima el paisaje urbano y suburbano. Cualesquiera que fueran las fuentes técnicas de su inspiración, Romero Boelle, en sus trasuntos de Lugo, hizo obra personal. Su nombre queda legítimamente incorporado a la historia de las artes de la ciudad, a la historia artística de Lugo. Y la historia artística de Lugo es un capítulo de la historia artística de Galicia. El artesano beocio que modelaba las figurillas de Tanagra era apenas un artista local, apenas un artesano. Es dudoso que sus amigos, los marmolistas, los alfareros, los talabarteros y los calígrafos de su pueblo, previeran que en los modernos tratados la presumida tanagra de barro cocido, con su sombrerillo petulante, alternase con los frisos del Partenón. Pero así es. En el templo del arte hay muchas capillas. Y en el reloj del arte, muchas horas: la hora de Lugo, la hora de Galicia, la hora

de España, la hora de Europa... ¿En qué casa luguesa que presidía el buen gusto puede faltar una estampa de Romero Boelle?

Fernando Cadaval [Ricardo Carballo Calero]  
(*Vida Gallega*, Vigo, diciembre de 1956).